

Los niños lloran

Irmita Sandoval

“Ya llevamos diez días aquí, Mariano, ¿qué hacemos?” Esa no fue la primera vez que mi mamá le había preguntado a mi papá si se iban a quedar en Loveland, Colorado o si iban a regresar a Chihuahua. Mis papás venían a pasearse y a conocer la vida nueva de mi hermano en este país. David, mi hermano, no aguantaba más pasarse el tiempo con una esposa malvada ni con sus niñas chillonas. Quería su familia cerca de él. Le platicó a mi papá que consiguió trabajo fácilmente; mis papás contemplaron una vida en los Estados Unidos con toda la familia. Mi papá le contestó a mi mamá: “No me arriesgo a que me nieguen la renovación de la visa, ve por los niños y te espero aquí”.

Regresó a Chihuahua mi mamá a encontrar a cinco de sus hijos esperándola con llantos pavorosos. Nos había dejado con una sobrina que tenía su casa llena de numerosos chiquillos; yo tenía apenas un año cumplido y los más grandes eran adolescentes gemebundos. Nos llevó mi mamá a nuestra casa para empacar pocas cosas y llevárselas a los [EE.UU.](#) Pero cuando llegó a la casa, vio que no podía llevarse todo. Lloraban mis hermanas, las adolescentes, porque mi mamá les estaba regalando a las vecinas sus bicicletas y la cama litera y obsequios que ellas apreciaban que no se podían llevar hasta el país nuevo.

Ya tenía listas mi mamá las pocas cosas que podía traer para su nuevo hogar. Lo único que le faltaba fue conseguirnos permisos para salir del país. Fue al consulado; ése no es lugar para un infante, mucho menos para cinco. “Discúlpeme por acarrear a tanto niño, pero les necesito sacar visa de viaje” “¿Y a qué van a los Estados Unidos, señora?” Mi mamá tuvo que mentir. La mentira fue cosa fácil de hacer, pero en un edificio de gobierno no se les cree fácilmente. Le concebían preguntas que “hasta parecían de investigación de película de crimen”. Suerte tuvo mi mamá que sus dos bebés se soltaron llorando en medio de la entrevista. Las preguntas cesaron y nos dieron permiso y visa. Lo último que faltaba hacer en México era comprar boletos para el camión.

“Los camiones son una lata. Los pasajeros quedaban apachurrados en los asientos con espacio apenas suficiente para picarse la nariz”. Eran los últimos de diciembre y hacía tanto frío que no molestaba mucho estar tan apretado uno con su vecino. No dejaban de quejarse mis dos hermanas mayores. Sarita y yo, las criaturas, tomábamos turnos con nuestros gemidos que no permitían silencio en el camión. Bajó el sol. Los llantos pararon. Lo único que se escuchaba cuando se dejaron de oír las pláticas de los pasajeros era la voz de mi hermano Sammy. Iba cantando: “Si nos dejan nos vamos a querer toda la vida. Si nos dejan nos vamos a vivir a un mundo nuevo”. Llegamos a nuestro mundo nuevo. En Greeley fue donde mi papá, mi hermano mayor, y mi abuelita nos recogieron. Mi abuelita vivía con una señora mayor, cuidándola. Su casa era grande y nos invitó a quedarnos ahí hasta encontrar nuestra propia vivienda.

Vivimos en esa casa por unos meses. La dificultad que les costó más fue conseguir quien les rentara domicilio. Como no tenían “financial background”, no les permitían rentar. Cuando hallaron donde habitar, tuvieron que decir que sólo había dos niños-para ese tiempo, David ya se había separado de su esposa y mi otro hermano se unió con nosotros. Éramos nueve viviendo en una casa para cuatro; ¡qué lindo! Por fin estaba reunida toda la familia en una casita colmada de ruidos y niños. Mi papá consiguió trabajo muy pronto para mantener nuestras quejas a lo mínimo.

Él siempre había sido un comerciante ambulante. No estaba acostumbrado a tener patrón, otro conflicto que superó. Comenzaron la escuela mis hermanos aunque por las

primeras semanas lloraban y llegaban confundidos por el inglés inentendible. Mis padres tomaron clases para aprender inglés y mis hermanos no tardaron en dominarlo. Mis padres se asentaron en este país con todo y cría; el sinnúmero de lloros fue minimizándose con el tiempo.